

do es racionalista. Pero solamente Dios puede escrutar los pliegues y repliegues de la conciencia. Bayle no acepta jamás la razón como juez de la fe; por el contrario, la rechaza como un principio fatal de incredulidad. Es menester, pues, creerle, á méos de acusarle de haber representado una farsa toda su vida. Después de esto, preciso es confesar también que si Bayle ha conservado la fe, á pesar de todas las objeciones que su razón presenta contra el dogma, no la deja á los que le leen, por poco predispuestos que se hallen á dudar. Voltaire le caracteriza perfectamente diciendo: «No podía convencerse de que fuese impío, pero hacía impíos» (1). Sus contemporáneos ya tenían dudas sobre su ortodoxia; un ministro reformado, digno de medirse con Bayle, dice de él: «No quiero penetrar en las miras secretas del autor; pero lo compadezco por el estado en que se encuentra. Si su cristianismo no se establece más que sobre las ruinas de la razón, debería coronarse con este elogio: ¡Oh, hombre, tu fe es grande! Dios lo sabe; guardémonos de juicios temerarios» (2). La posteridad ha visto el uso que han hecho los libres pensadores de los escritos de Bayle; á sus obras, dice un enemigo del siglo XVIII, es dónde han ido á buscar los filósofos todo cuanto han dicho contra la religión (3).

Dejando las intenciones á un lado, preciso es reconocer que Bayle, por más que se llame cristiano, es el precursor de Voltaire. Tiene el tono irónico que caracteriza al rey del siglo XVIII. Oigamos su respuesta al ministro reformado, que se esforzó en poner de acuerdo la razón y la fe: «Se le puede contestar que los que siguen sus ideas son dignos literalmente de aquella censura de Jesucristo: ¡Oh, gentes de poca fe y duros de corazón para creer! No quieren someterse á los oráculos del Espíritu Santo sino después que sus cortas luces han manifestado su conformidad» (4). No hubiera dicho más Voltaire. Dígase lo que se quiera de las creencias de Bayle, su obra subsiste; un incrédulo podría suscribirla. Destruye los dogmas cristianos, sin faltarles al respeto, ó al mé-

(1) VOLTAIRE, *Misceláneas*, t. XLII, p. 211, edic. Renouard.

(2) JACQUELOT, *De la armonía de la fe y la razón*, p. 222.

(3) *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII*, por PICOT, t. I, p. 41.

(4) BAYLE, *Respuesta á las preguntas de un provincial*, c. CLXI.

nos aparentando respetarlos. Su gran placer es hacer combatir á la razón contra la fe. ¿Quién saldrá vencedor de la lucha? La fe, dice Bayle, porque la impotencia de la razón se manifiesta claramente. ¡Extraña impotencia! La razón hace objeciones contra la fe, á las cuales la fe no puede contestar, ¡y es la fe la que queda triunfante! Sí, á los ojos de aquellos que tienen la fe robusta de Tertuliano y que gustan de creer una cosa porque es absurda. ¿Pero era ésta la disposición de espíritu de aquellos á quienes se dirigía Bayle? Hemos oído á un juez autorizado, á un observador atento; Leibnitz veía derrumbarse la fe precisamente porque no podía resistir á los ataques de la razón, y un filósofo pretende reforzarla multiplicando las pruebas de la incompatibilidad de la razón y de la fe cristianas! De cien lectores, ni uno le ha creído; se han atendido á las objeciones insolubles de la razón, y han dejado los misterios para los que no tienen razón ó no quieren servirse de ella. Vamos á asistir al duelo de la razón y de la fe, tal como Bayle se complace en representarlo, y veremos quién triunfa, si el cristianismo ó la filosofía.

II.

El dogma cristiano consiste en misterios. En primer lugar hallamos el misterio de la Trinidad: es un concepto de Dios del que, claro está, la razón no comprende nada. Importa poco, dicen los ortodoxos; esto prueba que la verdad revelada está por encima de nuestra débil razón, esto no prueba que sea contraria á la razón. ¿Es también ésta la opinión de Bayle? Acumula objeciones contra la Trinidad, y desafía á la fe á que conteste. Expondrémos como muestra las dos primeras: I. «Es evidente que las cosas que no difieren de una tercera, no difieren entre sí: ésta es la base de todos nuestros razonamientos, sobre esto fundamos todos nuestros silogismos, y sin embargo, la revelación del misterio de la Trinidad nos asegura que este axioma es falso.» Falso á los ojos de la fe, sí; ¿pero qué deducirán de ahí los libres pensadores? Cuando la fe dice que dos y uno hacen uno, y la razón nos enseña que dos y uno hacen tres, ¿qué hemos de pensar de la

fe? Que el pretendido misterio, léjos de ser una verdad revelada, es una quimera, una excelente invencion para encadenar el espíritu humano, pero una invencion que el espíritu humano no acepta desde el momento en que aspira á la libertad. Continuemos. II. «Es evidente que no hay diferencia alguna entre individuo, naturaleza, persona; sin embargo, el misterio de la Trinidad trata de convencernos de que las personas pueden ser multiplicadas, sin que los individuos y las naturalezas dejen de ser únicas» (1). ¿Qué seguirán diciendo los libres pensadores? Dirán que semejante concepto no es una verdad revelada por Dios, porque Dios no revela galimatías; que si un dogma es absurdo hasta este punto, es preciso dejarlo para los que creen con el mariscal d'Hocquincourt y su reverendo padre, que nada de razon es la verdadera religion cristiana.

En la Trinidad figura el Hombre-Dios. Nuevo misterio igualmente racional, puesto que une en un mismo sér lo finito y lo infinito. Este dogma tiene por su más sólido fundamento otro misterio que se llama la caida. Todo el mundo sabe la historia del pecado original, tal y como se les enseña á los niños. Nada más tonto que la narracion del Génesis; ha hecho las delicias de los incrédulos desde Juliano, llamado el Apóstata, hasta los filósofos del siglo XVIII. Es, sin embargo, una narracion revelada, es decir, dictada por el Espíritu Santo. ¿Cómo va á salvar Bayle el honor del Espíritu Santo? «En todo cuanto los judíos y cristianos han dicho de la *tentacion*, no hay nada que sea capaz de *tentar* á un filósofo. No hay que admirarse de esto; porque de la manera con que Moisés cuenta este funesto acontecimiento, parece que su intencion no ha sido que supiésemos cómo habia tenido lugar el suceso; y esto sólo debe persuadir á toda persona racional de que la pluma de Moisés ha estado bajo la direccion particular del Espíritu Santo» (2). No ha escrito Voltaire nada más malicioso sobre el pecado original. Hé aquí al Espíritu Santo, es decir, una persona de la Trinidad, dictando á Moisés la descripcion de la caida. ¿Será sin duda para enseñar á los hombres lo que es la caida, y

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Pyrron*, nota B.

(2) BAYLE, *Noticia de la república de las letras* (*Obras*, t. I, p. 592).

cuáles son sus terribles consecuencias? Nada de eso. El Espíritu Santo tiene á bien hablar sin decir nada, como lo haría un diplomático. ¡Si al ménos se limitase á no decir nada! Pero dice tonterías, de las que bien pronto se reirán hasta los niños. Y son estas tonterías las que prueban, segun Bayle, que Dios mismo es quien las expone por boca de Moisés. ¡Oh filósofo cristiano! hé aquí un arranque que hará callar á esa razonadora razon y que robustecerá singularmente la fe ortodoxa.

El misterio del pecado original es digno de la historia de la caida. Bayle lo respeta mucho, y para hacerlo respetar y creer por los incrédulos se esfuerza en probar que está en oposicion con el buen sentido, con la sana razon y con la voz de nuestra conciencia. «Es evidente que una criatura que no existe no puede ser cómplice de una accion mala.» Pues bien, la evidencia se equivoca, porque la teología enseña que todos nosotros hemos pecado ántes de existir, y cuando la teología habla, la razon debe callar. «Es tambien evidente, continúa Bayle, que sería injusto perseguir como cómplices de una mala accion á los que no han podido pecar, puesto que no habian nacido» (1). Falsa evidencia, porque el pecado original nos dice lo contrario. Pero, se dirán todos aquellos que aprecien en algo su razon, si hay una evidencia de la fe que está en contradiccion con otra evidencia de la razon, ¿no podrá ser que la falsa sea la pretendida verdad de fe? ¿No será ésta una de esas creencias forjadas, ya se sabe por quién y para qué? Los hombres han acabado por creer en la evidencia de la razon, más bien que en la evidencia engañosa de una falsa fe.

Las objeciones insolubles de la razon dejan paradas á las personas racionales, pero los teólogos se rien, y tienen sus motivos para ello. Hacen, pues, de la caida un misterio terrible, y deducen de él consecuencias espantosas. Como reformado, Bayle debia creer en la condenacion de la inmensa mayoría de los hombres. Hé aquí un gran motivo de discusion entre la razon y la fe. Nuestro dialéctico no deja de hacerlas combatir una contra otra. El lector decidirá si es la fe quien triunfa. Bayle concede primero la palabra á la razon. «Ella nos enseña, dice, que no es por su

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Pyrron*, nota B.

gloria por lo que Dios ha creado al mundo y al género humano: él halla en sí mismo una gloria y una felicidad que no pueden aumentar ni disminuir. Si ha creado el universo, su bondad únicamente ha sido quien le ha determinado.» La fe que conoce el veneno que oculta esta máxima, niega que Dios haya creado el mundo por bondad sino para su gloria, para ser alabado por sus criaturas. Hé aquí un Dios soberanamente bueno, que se encuentra frente á un Dios soberanamente egoísta. El Dios egoísta de los teólogos es el verdadero, «porque el misterio de la caída lo requiere así.» Si la razón dice lo contrario, es porque razona mal. ¡Viva, pues, el Dios egoísta! La pobre razón responde «que sin embargo Dios debe estar dotado de bondad, puesto que es la esencia de todas las virtudes. Ahora bien, la bondad de un sér infinitamente perfecto debe ser infinita, y no sería infinita si pudiera concebirse una bondad más grande que la suya.» ¿Qué dice la fe? No se atreve á decir que no, pero murmura entre dientes, que hallará medios de limitar aquella bondad infinita. Por de pronto, deja hablar á esa charlatana razón, segura de que irá á parar á alguna grave herejía con su bondad infinita de Dios. La razón, al ver que la fe se calla, se cree aprobada, y continúa atrevidamente: «Inspirándose el Creador en su bondad infinita en sus relaciones con las criaturas, debemos decir que cuantas perfecciones tiene, grandeza, poder, ciencia, están destinadas á la felicidad de los hombres: no ha querido dar á conocer sus perfecciones más que para que las criaturas inteligentes encontrasen su felicidad en el conocimiento, en la admiración y en el amor del soberano sér.» Seguid andando, se dice la fe, os espero al final. La razón, consecuente y lógica, se apresura á deducir: «Dios ha dotado al hombre de facultades preciosas; entre otras, de libertad. Es evidente que este beneficio no puede tender más que á la felicidad de la criatura á quien Dios la ha concedido. No permitirá, pues, que sirva para hacerla desgraciada por el mal uso que de ella pueda hacer.....»

Aquí la fe no se contiene ya; interrumpe á la razón exclamando: «Os cogí; vuestro elogio de la bondad divina tiende á establecer que el misterio de la caída es incompatible con la noción que el hombre se forma de Dios.» «Esta es mi opinión, responde

la razón, pero dejadme hablar y escuchadme; después de esto podréis reprenderme. En vuestra doctrina del pecado original, Dios ha dotado al hombre del libre arbitrio, con la certidumbre de que abusaria de él é incurriría en la muerte eterna. ¿No era esto darle la muerte bajo la apariencia de un beneficio? Es un medio tan seguro de quitar la vida á un hombre, darle un cordón de seda, del que se sabe con seguridad se servirá libremente para ahorcarse, como el matarlo por sí mismo. No se desea menos su muerte cuando se le da el cordón de seda, y hasta parece que hay más malignidad en el deseo, puesto que se le deja toda la pena y toda la falta de su pérdida» (1). La consecuencia es evidente. El libre arbitrio es el principio de la caída, y la caída ha traído tras de sí la condenación de la inmensa mayoría del género humano. Dios lo prevenía al crear al hombre. ¿Es éste el modo de obrar de un sér soberanamente bueno? ¿Es querer la felicidad de los hombres el crearlos sabiendo que han de arder casi todos en los fuegos eternos del infierno?

¿Qué responde la fe? Hay fe de varias especies; hay la fe católica y la fe reformada. No es la fe católica la que Bayle presenta en escena. El catolicismo, cuando dice lo que piensa, es de la opinión del reverendo padre, que contestaba al mariscal d'Hocquincourt: «Nada de razón, monseñor, nada de razón, ¡hé aquí la verdadera religión!» Con esto no hay más que decir. La fe reformada no sale tan fácilmente del paso: ésta es algo razonadora, ó lo era al menos en la época en que Bayle escribía; la pobre fe trataba de conciliarse con la razón; pero, cuantas más concesiones hacía, más se empantanaba. Se había resignado á un inmenso sacrificio al reconocer que habría muchos elegidos y pocos reprobados. Esto era desmentir á la Sagrada Escritura, era acusar de error á San Agustín. ¡Dios sabe á qué sutilezas había sido preciso acudir para llegar á la confesión de que no habría más que un pequeño número de condenados! La imprudente fe no reparaba que al tratar de hacerse racional, daba armas á sus enemigos. ¿Por qué retrocedía ante aquella frase revelada de que son muchos los llamados pero

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, c. CXLIV (*Obras*, t. III, p. 796 y sig.).

pocos los escogidos? Porque si un gran número de individuos fuesen condenados, se acusará con razón á Dios de crueldad. Pero ¿se salva su bondad disminuyendo el número de condenados? «Suponed tan pequeño como queráis el número de condenados, dice la razón; indicará siempre en Dios un grado de crueldad, que por pequeño que sea, no puede ser compatible con la bondad infinita, puesto que esta bondad excluye necesariamente toda mezcla de crueldad.» Hé aquí á la fe convicta por su propio testimonio de que su Dios es un Dios cruel (1).

¿Cómo ha de salir la fe de este mal paso? Su dificultad es grande, como se ve por los pobres expedientes á que se ve obligada á acogerse para dar explicaciones tales como las del número grande ó pequeño de los condenados. San Agustín se habia ya esforzado en probar que debia haber condenados, y segun él, nunca serian demasiados, á fin de hacer brillar á la vez la justicia de Dios respecto de los reprobados y su bondad respecto de los escogidos. Los teólogos modernos disertaron sobre este tema. Bayle se rie de todas estas explicaciones: «Dios, dice, no trabaja más que para su gloria y encuentra más hermoso campo de gloria gobernando un género humano criminal, que gobernando un género humano virtuoso; el orden exige, pues, que Dios deje pecar al hombre, y no se lo impida como podria hacerlo fácilmente» (2). Quién no ha de admirar ese hermoso orden que conduce á condenar á las criaturas para mayor gloria de aquel que las ha creado para ser felices?

Bayle refiere siempre la fe á la bondad de Dios. Que los unos se condenan y los otros se salvan es preciso creerlo, puesto que la Sagrada Escritura lo dice. Que esto esté en el orden, lo admite todavía, pero al ménos conciliése ese orden con la bondad divina. Cuando todo un gran pueblo se ha hecho culpable de rebelion, ¿es usar de clemencia el perdonar á la cien milésima parte y dar muerte al resto sin exceptuar los niños de pecho? Esta comparacion no da todavía idea de toda la iniquidad del Dios de los cristianos. Bayle presenta otra: Un príncipe da á cien mensajeros el dinero

(1) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Prudencia*, nota F.

(2) ID., *Respuestas á las preguntas de un provincial*, c. CL, t. III, p. 809.

necesario para un viaje de doscientas leguas; promete una recompensa á los que terminen el viaje sin necesidad de nuevos préstamos, y amenaza con la prision á aquellos á quienes no haya bastado el dinero. En seguida escoge cien personas de las que sabe con seguridad que no hay más que dos que merecerán la recompensa, debiendo encontrar los otros noventa y ocho en su camino ó una querida, ó un jugador, ó alguna otra cosa que les obligue á hacer gastos, y que él tendrá cuidado de presentar por sí mismo en ciertos puntos del camino. ¿No es completamente evidente que al aprisionar á esos noventa y ocho mensajeros no habrá mostrado bondad alguna para con ellos, sino que, por el contrario, los destinaba ya á la prision? La merecen, dicen los teólogos. Sea enhorabuena. Pero ¿qué se ha de decir del rey que ha querido que la merezcan, que los ha puesto en el camino infalible de merecerla? ¿Merece ser llamado bueno porque recompensa á los dos mensajeros á quienes él mismo ha guiado en su viaje y á los cuales ha evitado toda desgracia? (1). Ese rey es el Dios de los cristianos.

Esto no es bastante; un rey no puede aprisionar á sus desgraciados mensajeros más que durante su vida; la muerte pone fin á sus injustos rigores. No sucede lo mismo con el Dios de los cristianos; despues de un viaje que á veces no dura más que algunas horas, lanza á los viajeros á los fuegos eternos del infierno, muchas veces sin más razon que la de que aquellos infortunados descienden de su padre comun. Oigamos á Bayle sobre las penas eternas: «Le parece, dice, que si el Sér infinitamente perfecto hubiese sabido que en caso de que diese la existencia á criaturas libres, las tendria que castigar eternamente á causa de sus pecados, hubiera preferido dejarlas en el no ser, ó no permitirles abusar de su libre arbitrio, á verse obligado á imponer penas que no han de acabar jamas. El sentido comun dice que vale más no tener hijos, que tenerlos tales que se burlen de nuestras instrucciones y de nuestras órdenes y que no hacen más que disgustarnos y deshonorarnos.» Admitamos que Dios haya creado á los hombres para castigarlos; es preciso, sin embargo, que los castigue racionalmente. «Ahora

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, c. CXLIV y CXLVIII, t. III, p. 798, 804.

bien, nada más léjos de las ideas de sabiduría que escoger un género de pena que no sirve de nada á los que no la sufren, y que no disminuye la malicia de los que la sufren, puesto que se pretende que la maldad de los condenados va aumentando.» Bayle tiene todavía otras objeciones contra las penas eternas (1). Las omitimos, porque el infierno ha perdido toda su importancia, y sería combatir á los molinos de viento el refutar las miserables argucias de los teólogos.

La polémica de Bayle es invencible cuando no se sale del terreno del cristianismo tradicional, llámese católico ó reformado. Jamas se llegará á conciliar el pecado original y sus horribles consecuencias con la idea que el hombre se forma de Dios, de su justicia y de su bondad. Los ortodoxos modernos han querido ensanchar su cielo; miéntras mantengan un infierno al lado del cielo, el buen sentido y la ciencia retrocederán espantados ante un Dios más cruel que el más cruel de los tiranos. Es menester, con la filosofía, abolir el cielo y el infierno, y reemplazar este falso concepto por la idea de una existencia progresiva é infinita, si se quiere satisfacer á la razon. Esta creencia, que gana terreno de día en día sobre el dogma bárbaro del cristianismo, responde á las objeciones de Bayle. Todas las criaturas se salvarán; de este modo queda en buen lugar la bondad de Dios. El mal no desaparecerá, es verdad, en cuanto es de la esencia de criaturas imperfectas y limitadas, pero se convierte en un bien en las manos de un Sér soberanamente bueno, que se sirve del mal como de un medio de educacion y de perfeccionamiento.

III.

La razon rechaza el pecado original. Con esta falsa creencia cae el fundamento más sólido de la revelacion cristiana. ¿Para qué un Reparador si la naturaleza humana no tuviese necesidad de ser reparada? El cristianismo se apoya ademas en los milagros y en la

(1) BAYLE, *Respuestas á las preguntas de un provincial*, c. CLVI (*Obras*, t. III, p. 829).

tradicion. ¡Singular prueba son los milagros! Bayle habla poco de ellos, pero lo que dice es de mano maestra. La Compañía de Jesus es rica en milagros, y esta riqueza espiritual le proporciona tesoros materiales que ella no desdenea. Daba, pues, grande importancia al milagro hecho por un simple novicio: ¡júzguese por ello del poder milagroso de los reverendos padres! «No hace más que diez y seis años, dice Bayle, que se ha verificado este milagro en el reino del Perú. Ordinariamente estas cosas suceden en el nuevo mundo, ya porque allí son más necesarias que en otra parte, no estando aún allí establecido el cristianismo, ya porque se creen más fácilmente cuando vienen de léjos.» ¿No quiere decir esto: á luengas tierras, luengas mentiras? Los milagros que prueban el cristianismo ¿no provienen tambien de léjos, y de muy léjos? No es Bayle quien hace esta comparacion, somos nosotros. Pero podemos, sin injuriar á su ortodoxia, atribuirle este pensamiento. Hé aquí lo que escribió á propósito de la disertacion de Arnaldo sobre los milagros: «Podrian darse muy sólidas respuestas á M. Arnaldo, si el mundo fuese bastante fuerte para digerirlas; pero se encuentra hoy en estas materias poco más ó ménos como en los tiempos en que Jesucristo decia á los apóstoles: *Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no podeis entenderlas por ahora*» (1). Bayle decia esto á fines del siglo XVII. Desde entónces el espíritu humano ha adquirido fuerzas; ha digerido tan bien las objeciones de la filosofía, que no cree ya en los milagros; y cuantos más esfuerzos se hacen para dar crédito á esta vergonzosa explotacion de la estupidez humana, ménos cree en ella. La Iglesia es castigada por donde ha pecado.

Bayle se encontraba cohibido cuando hablaba de los milagros; como reformado, no podía negarlos, y era hasta peligroso el hablar con demasiada libertad en una época en que reinaba aún en el seno del protestantismo la más crasa ignorancia. Hé aquí por qué nuestro filosofo no dice todo lo que piensa. Se encuentra más desembarazado cuando critica la tradicion: los protestantes apenas la respetaban, y Bayle se rie de ella abiertamente. ¿Qué es la tradicion? La autoridad de los ignorantes y de los perezosos. Un hombre cuenta una maravilla, dice que la ha visto. Cuanto más

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (*Obras*, t. I, p. 153, 242).